
cuentro subjetivo entre un literato y el pasado, al cual remodela por medio de una visión privada e informa a través de esa manera idiosincrática que llamamos su estilo. Pero un informe personal puede ser un informe objetivo. Hasta es posible que al mismo tiempo que el estilo refleja al hombre, este hombre al que refleja sea un científico. Pero aquí quiero insistir en lo siguiente: no hay razón para que el estilo deba ser un reflejo distorsionado de la neurosis privada del historiador, de su posición social, o de su época histórica. Si tiene alguna conciencia profesional y competencia, dirá más sobre el tiempo del que escribe que del tiempo en que vive. Los estilistas se dan al rebelarse contra su pasado, su medio, a veces hasta contra ellos mismos, y los resultados no siempre son predecibles. Al mismo tiempo que el estilo es instructivo en todos sus aspectos, no todos los estilos son instructivos en el mismo grado: al igual que otros escritores, el historiador por lo general tiene dos estilos: el formal y el informal, y ambos son una mezcla interna de autoexpresión y autocontrol. No hay reglas, ni recetas listas, que digan por anticipado lo que puede mostrar el estudio del estilo. Todo lo que yo digo es que el estilo devela muchas cosas, que habrá de contribuir con alguna luz al debate apasionado sobre la naturaleza de la historia.

Pero aquí quiero insistir en lo siguiente: no hay razón para que el estilo deba ser un reflejo distorsionado de la neurosis privada del historiador, de su posición social, o de su época histórica. Si tiene alguna conciencia profesional y competencia, dirá más sobre el tiempo del que escribe que del tiempo en que vive

El mal de ojo del joven

Arnold van Gennep

Tomado del libro *The Semi-Scholars*. Traducción y nota introductoria de Lligany Lomelí.

Según la tradición iraní, el mal de ojo lleva al camello a la olla y al hombre al hoyo. *Jettatura, malocchio, fascination, böse blick, evil eye, en rah, deochiu, nazar, drishti*, contienen la inquietud compartida por millones de personas alrededor del mundo desde tiempos inmemoriales, creencia constantemente renovada que ha generado complejos ritos y costumbres en un afán desesperado por aferrarse a la vida.

El folklorista francés Arnold van Gennep (1873-1957) tomó el mal de ojo como pretexto para jugar con la solemnidad del investigador compulsivo. Este “divertimiento” de Van Gennep, mejor conocido por su trabajo teórico sobre los ritos de paso —él mismo acuñó el término en 1909 en su libro *Les rites de passage*— y su monumental *Manuel de folklore français contemporain*, han despertado algunas especulaciones entre sus discípulos. Se cree que Van Gennep se inspiró en la historia de Jules Tuchmann, un músico atrapado en la fascinación por los libros y documentos. Durante las últimas décadas del siglo XIX, Tuchmann, dedicó infinitas horas a la lectura de todo lo que pudo encontrar en la Biblioteca Nacional de París relacionado

Bueno: prepare una tesis doctoral sobre el mal de ojo. Usted conoce el método científico: primero se hace una compilación bibliográfica completa, después se revisa la literatura y entonces se aporta algo al tema. Cuando lo haga, regrese a verme. Le enseñaré entonces a preparar su monografía

con el mal de ojo. Escudriñó toda suerte de documentos clásicos, históricos y etnográficos, y sus indagaciones quedaron plasmadas en una serie de poco más de noventa entregas en la revista francesa de folklore *Mélusine* entre 1884 y 1912. Tuchmann era sólo un aficionado que no aspiraba a ningún grado académico. Una víctima más del mal de ojo.

Lligany Lomell

I

El Joven, pálido y serio, a los 16 años leyó *El futuro de la ciencia*, a los 17 leyó las obras completas de Nietzsche en la traducción de Henri Albert y a los 18 decidió que sería un gran intelectual, todo esto en un continuo esfuerzo por superarse. El Joven abandonó su provincia, se inscribió en la Sorbona, se graduó y fue con su maestro y le dijo:

—Yo creo que mi destino es llegar a ser un gran estudioso. ¿Me podría dar un tema de investigación, por favor?

—¡Claro, con mucho gusto! ¿Un tema de investigación? Bueno: prepare una tesis doctoral sobre el mal de ojo. Usted conoce el método científico: primero se hace una compilación bibliográfica completa, después se revisa la literatura y entonces se aporta algo al tema. Cuando lo haga, regrese a verme. Le enseñaré entonces a preparar su monografía.

II

El Joven agradeció efusivamente al maestro. Era huérfano y tenía un ingreso anual de 2,400 francos. Al día siguiente se metió en la Biblioteca Nacional tan pronto abrieron las puertas, ocupó el asiento número III y comenzó a trabajar.

En aquellos días no existía ni la *Revue des Traditions Populaires* ni *Mélusine*, así que el Joven tuvo que compilar su bibliografía de libro en libro, de revista en revista, de título en título. Tras varios años de trabajo ininterrumpido y aprovechando los periodos en que cerraba la biblioteca para clasificar sus notas, el Joven recopiló todo lo relacionado con el mal de ojo en la literatura francesa.

Sin embargo, los datos franceses se conectaban directamente con los datos de la Antigüedad clásica. Un nuevo esfuerzo y todos los autores latinos y griegos quedaron reducidos a notas.

La interpretación de textos antiguos se dificulta con frecuencia. Son pocos los que no han sido objeto de numerosos comentarios, los cuales no puede ignorar un académico escrupuloso. Por lo tanto, el Joven hizo una bibliografía de comentaristas, aunque se limitó a copiar los títulos en húngaro, finlandés, vasco, albanés y otras lenguas hirsutas, pues a duras penas comprendía lo que querían decir exactamente.

Después advirtió que el mal de ojo ocupaba un lugar preponderante entre las preocupaciones de los salvajes, por lo que todas las co-

Josep Miquel Domínguez
1876

lecciones sobre viajes, todas las crónicas misionales y todos los diarios etnográficos ocuparon también sus lugares en el fichero del Joven. A pesar de todo, cuando el Joven cumplió 35 años decidió que su bibliografía estaba "bastante completa".

III

Entonces, el Joven procedió con la segunda parte de su proyecto: revisar la literatura. Sacó de una en una sus notas bibliográficas y, pluma en mano, se dispuso a leer a todos los autores franceses, griegos, latinos, italianos, españoles y alemanes de los que tenía referencias. Esto le llevó como 12 años.

Luego se dio cuenta de la necesidad de aprender las lenguas escandinavas y eslavas, y finlandés y húngaro. Empezó con entusiasmo esta tarea y en su búsqueda de obras ilocalizables enloqueció a los bibliotecarios de la Biblioteca Nacional, la Escuela de Lenguas Orientales, la Sorbona, el Museo de Historia Natural, el Museo Guimet y el Instituto Etnográfico Internacional.

Esta vida metódica lo obligó a ahorrar: gastaba dinero salvajemente en conseguir folletos, extractos de revistas y recortes de periódicos que pensaba que eran de una importancia decisiva sólo por el título.

Sus investigaciones despertaron interés en la Escuela de Lenguas Orientales y le proporcionaron amablemente referencias de publicaciones armenias y georgianas, de enciclopedias chinas y de manuscritos turcos, persas y árabes. Hubiera sido ridículo, vergonzoso y poco académico rechazar estas valiosas fuentes de información.

El Joven aprendió árabe, persa, turco, chino, armenio y georgiano; y luego, de un jalón, se devoró el japonés, el tibetano, el sánscrito, 20 o más lenguas de la India, el malayo, el javanés, el samoano, el maori y el tasmanio, una lengua muerta; finalmente, asimiló las lenguas de las tres Américas, del esquimal al fueguino.

A los 54 años, el Joven sabía 843 lenguas y dialectos, sus referencias bibliográficas sumaban 27,000 y, en cuanto a sus notas, no sabía exactamente cuántas tenía; de todos modos tenía 22,312 cajas de cartón, cada una con un promedio de 400 o 500 papeletas. Algunos años después, calculó que en su colección había aproximadamente 12 millones de notas.

IV

En este punto decidió que había llegado el momento de pasar a la tercera etapa de su proyecto: la investigación sobre su tema. Sin embargo, un escrúpulo preliminar lo afligía. Fue a desahogarse con su maestro.

El maestro hacía mucho tiempo que se había retirado. Vivía cerca de París en una casita muy pequeña con un gran jardín. En su casa no había ni libros, ni papel, ni tinta. El maestro recibió cortésmente a su visitante.

—Yo soy el Joven —dijo— a quien usted sugirió, hace algunos años, un tema de investigación magnífico.

Entonces, el Joven procedió con la segunda parte de su proyecto: revisar la literatura. Sacó de una en una sus notas bibliográficas y, pluma en mano, se dispuso a leer a todos los autores franceses, griegos, latinos, italianos, españoles y alemanes de los que tenía referencias. Esto le llevó como 12 años

Maria Josefa de Paul

Usted me dijo que no regresara a verlo hasta que yo llegara a esa etapa de la investigación científica que consiste en examinar el tema de que se trata y escribir sobre él. No sin trabajo, ahora me encuentro en esa etapa. Creo que puedo decir que hoy sé más que nadie en el mundo sobre el mal de ojo

—¿Ah sí? ¿Un tema de investigación? Dígame ¿qué tema era ése? Mi memoria se ha deteriorado y le pido que me disculpe si no lo reconozco de inmediato.

—No se preocupe, señor. Usted me dijo que no regresara a verlo hasta que yo llegara a esa etapa de la investigación científica que consiste en examinar el tema de que se trata y escribir sobre él. No sin trabajo, ahora me encuentro en esa etapa. Creo que puedo decir que hoy sé más que nadie en el mundo sobre el mal de ojo.

—¡Ah, el mal de ojo!

—Sí, el mal de ojo. Pero antes de escribir mi monografía, señor, quisiera su consejo sobre dos serias cuestiones. La primera: ¿debo ofrecer mi evidencia *in extenso*, acompañándola de un comentario en forma de nota, o es preferible que escriba el comentario en forma discursiva y me limite a sintetizar mi evidencia? La segunda: ¿debo publicar la evidencia, ya sea completa o en partes, en la lengua original —algonquino, pali, islandés, savoyano y así sucesivamente— o en su lugar debo traducirla al francés, o quizás al latín por aquello de los pasajes obscenos?

—Por la gravedad de las preguntas que me hace, mi querido alumno, no le puedo contestar sin una reflexión madura —dijo el maestro—. Regrese a verme un día de éstos y le daré mi opinión. Sin embargo, ahora me toca a mí hacerle una pregunta. Mientras usted investigaba su tema, ¿ha pensado en mantener actualizada su bibliografía?

V

El Joven desahogó en un gesto su desesperación. Se fue sin decir una palabra, se lanzó a la sala principal de la Biblioteca Nacional, se desplomó en el asiento número III, que por una tradición semisecular se consideraba casi de su propiedad, y procuró febrilmente recuperar el tiempo perdido.

La muerte lo alcanzó en este mismo asiento, al quebrarle una vértebra cervical. En su testamento, dejó su fortuna y sus notas a su excelente maestro. Este último aceptó el dinero, pero nadie sabe qué pasó con los 18 millones de notas.

Verde oscuro, rojo vivo Gore Vidal

Fragmento del libro de memorias *Palimpsest*, Random House, 1996.
Traducción de Antonio Saborit.

En el verano de 1946 dejé mi trabajo como editor adjunto en E.P. Dutton en Nueva York. Al seguir Europa cerrada a los turistas, tomé hacia el sur de la frontera. Quería salir de Nueva York y de lo que